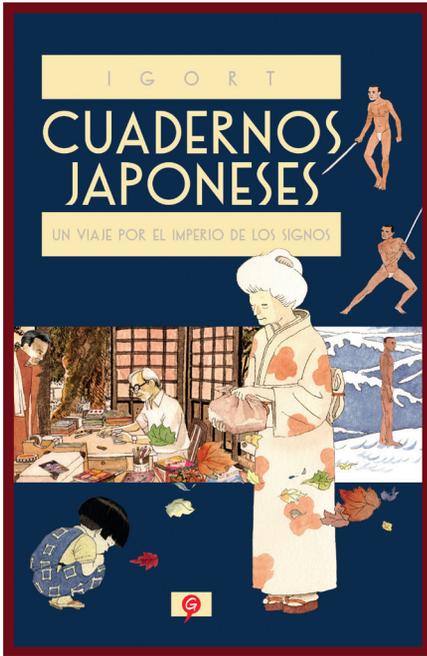

Cuadernos japoneses

IGORT

Salamandra Graphic, 2016



EN la novela gráfica siempre ha habido una especial querencia por lo biográfico. Aunque ese acercamiento es compartido también por la novela, por la que no necesita epítetos, en el caso de la literatura siempre se ha tendido o bien hacia el ensayo o bien hacia el dietarismo, más que hacia la ficción, para que el autor hable de sí mismo. En cierto modo, la novela gráfica ha encontrado su propio campo de acción en la ficción biográfica. Eso no excluye para que, aquellos más apegados hacia otras tradiciones artísticas, encuentren más cómodo acudir al relato de vida desde el ensayo ya no por aquello que tiene de indirecto, de menos revelador o introvertido, sino por su utilidad para revelar el mundo más que a uno mismo.

Igort es un extraño híbrido entre dos mundos. Por un lado, es arrebatadoramente pictórico, siempre pensando en términos de imagen que de hecho plasma en sus propios dibujos; por otro lado, es irremediamente literario, como si cada dibujo pasara primero por el filtro de un espíritu anciano que no dice nada si no sirve para retratar una verdad oculta. Esa contradicción es necesaria para retratar un país con tantos matices como Japón, pero también la vida de un hombre que siente que fue japonés en otra vida, que encontró el extrañamiento y la comprensión más profunda en un país al otro lado del mundo donde nació.

Cuadernos japoneses, que no deja de ser una selección de momentos de todo aquello que ha transcurrido en su vida como habitante del mundo Japón —en su archipiélago, pero también su cultura o forma de vida—, recorre la esencia de lo japonés con la excusa de resumir su propio tránsito por la isla. Algo lógico, dado su espíritu anciano. Entre reflexiones sobre la industria del manga y como se adaptó a ella, encontramos breves intersticios sobre pintores, *mangakas* y escritores, bellas estampas de lucidez colocadas como por accidente, en las que intenta encontrar algún paralelismo, algún rasgo común, con aquello que intenta transmitirnos sobre el alma del auténtico Japón. Algo que solo consigue evocar de forma indirecta, tal vez porque no exista algo así como «el alma del auténtico Japón», sino infinidad de archipiélagos llamados Japón. Incluso cuando eso no deja de ser el culmen de la contradicción misma.



Contradicción que abraza el propio Japón, hábitat de la tradición apareándose con la cultura pop más vanguardista, como lo hace también el propio libro de Igort. ¿Es un cómic que no tiene viñetas o es un diario que habla más con imágenes que con palabras? No podemos saberlo. Es una singularidad, una extrañeza, algo que siempre va más allá de lo permitido. A veces demasiado. Pero incluso si alguna vez puede perder el hilo, hacerse un poco farragoso, lo solventa por lo cautivador de sus elementos: las referencias, la narrativa, el uso del color.

Esto no es el trabajo de un *otaku*. Aquí no existe obsesión superficial que va más allá de su cultura popular o sus cuatro lugares comunes impuestos por el pensamiento poscolonial, aunque sí sea la visión de Japón filtrada desde el yo de Igort. El yo no de un *otaku*, sino de un japonés de espíritu. Ese es el espíritu de contradicción de *Cuadernos japoneses*, el mismo que comparte con el hecho mismo de estar vivos.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de Internet (Entrecomics, Mondo Pixel, Miradas de Cine, Studio Suicide). Fue uno de los ganadores del Primer Premio Internacional de Lectura Literaria y también uno de los ganadores del Premio Ariel mejores blogueros jóvenes de ensayo.